JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

V. TEORÍAS

Mano Izquierda Editores

Jan Stránský
HEPTAPOEIA
V. TEORÍAS

Fotografía Portada: Andrew Kliatskyi by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Andrew Kliatskyi by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

V. TEORÍAS

Mano Izquierda Editores

La arquitectura de la paranoia
y el hambre de misterio

En una colmena de quince mil millones
archivados en servidores de descarte,
donde nadie es único y la existencia
se reduce a un código hídrico
y un turno de ensamblaje,
la mente necesitó inventar la rendija,
el secreto,
la trampa detrás del muro de hormigón.

El hombre
no soporta ser únicamente
un sobrante biológico,
un engranaje reemplazable que se pudre
en la sombra de las torres de purificación;
necesita creer que es el objetivo
de un complot cósmico,
el elegido de un juego invisible,
porque ser perseguido por poderes ocultos
es una tragedia insoportable,
pero más noble es la certeza
de no importarle a nadie.

En el mercado de la sospecha,
la adicción a las verdades ocultas
detrás de la pared son los
mitos fabricados en la penumbra

de los barracones para darle un sentido
al dolor diario.
En un mundo donde la ciencia
y la biotecnología lo han explicado
y cuantificado todo,
el misterio inventado se convirtió
en el único territorio
no cartografiado por el mercado,
una droga mental más potente
que los alucinógenos de síntesis,
capaz de transformar la insignificancia
de un obrero tullido
en la epopeya de un iniciado.

De la liturgia del absurdo,
las geografías falsas
nacieron los relatos de
la arquitectura prohibida
y las pantallas que simulan el cielo;
teorías aberrantes que afirman
que la Litio-Filtrita no es un mineral del subsuelo,
sino los restos fosilizados
de una raza de titanes
de la octava dimensión que nos cultiva.
Se rumorea en las frecuencias de radio pirata
que el agua embotellada
contiene un código líquido,
un nano-polímero
diseñado por las corporaciones

para borrar la memoria de los dioses
que fuimos,
o que los líderes
de las potencias emergentes
no son de carne ni de cromo,
sino cascarones vacíos manejados
por entidades intangibles
que se alimentan del terror.

El absurdo
se multiplica con la velocidad
de una plaga neuroquímica,
se asegura
que la masa de quince mil millones
es una cifra falsa inventada
por los algoritmos
para justificar el racionamiento
de la proteína transgénica
y el secuestro del agua pura;
se murmura que el planeta
no está erosionado ni caliente,
sino encerrado en una bóveda holográfica,
y que más allá del perímetro militarizado
de los polos existen continentes infinitos
donde el agua cae del cielo sin filtro
y las frutas crecen de la tierra
sin intervención genética.
Cuanto más disparatada
es la mentira,

más adeptos recluta
entre los desesperados,
pues la fantasía más delirante
es siempre más piadosa
que la realidad del vertedero.

Para rescatar la dignidad mutilada
en la línea de montaje
o en la calle de plástico,
multiplicáronse
las fraternidades secretas inexistentes,
las logias creadas por el deseo
de pertenecer.
Hombres y mujeres
con prótesis oxidadas y rostros marcados
por la radiación urbana
se cruzan en las galerías subterráneas
intercambiando señas de mano ridículas y complejas,
códigos inventados
la noche anterior
en la soledad del cubículo
para sentirse miembros de una orden
ancestral
que maneja los hilos del destino.

Se autodenominan
Los Custodios de la Frecuencia Primordial,
La Hermandad de la Sangre no Filtrada,
creyéndose herederos

de un linaje sagrado que resiste
en las sombras desde antes del colapso.

No tienen templos, ni archivos,
ni líderes reales;
son solo sombras que se reconocen
en la paranoia,
inventando rituales con piezas de chatarra
y frases en lenguajes muertos
que no comprenden.
La necesidad de identidad
es tan voraz
en este siglo de seres anónimos
que la mentira compartida
se vuelve más sólida que el titanio,
concediendo al esclavo la ilusión
de ser el guardián de un secreto cósmico.

El laberinto de la mente rota
el lenguaje de la señal
en las celdas de aislamiento de los sectores marginales,
la esquizofrenia
dejó de ser tratada como una anomalía
de la química cerebral
para convertirse en el lenguaje natural
de una población colapsada por el ruido.
El zumbido ininterrumpido
de las armas de onda,
el parpadeo de las pantallas de propaganda

y los cortocircuitos
de los implantes neuronales defectuosos
son interpretados por la mente psicótica
como la voz directa de los arquitectos del universo.

Los enfermos trazan diagramas delirantes
sobre las paredes de plástico
con su propia saliva y hollín,
conectando
los números de serie de las raciones de comida
con las coordenadas de satélites extintos,
convencidos de haber descubierto
la ecuación matemática
que desmantelará la dictadura del aire.
Oyen mensajes en el goteo del agua reciclada,
ven profecías en la deformidad de los fetos sintéticos,

y caminan por las avenidas,
gritando advertencias
sobre invasiones de frecuencias invisibles.
La locura es una forma extrema
de resistencia inconsciente,
el esquizofrénico prefiere
construir un imperio de demonios
y ángulos prohibidos en su cabeza
antes que aceptar
la insoportable simplicidad
de su propia miseria.

La teroía de conspiración
como la última religión del naufragio,
la que sobrevivió ante las decadentes
ex religiones de antaño,
las teorías del complot son el último altar
en un siglo que liquidó a los dioses y a la esperanza.
Es numinoso y reconfortante creer
que un grupo de conspiradores invisibles
controla cada desgracia,
porque la alternativa de
saber que el mundo está a la deriva,
que nadie pilotea la nave,
que el colapso
es solo el resultado ciego
de la codicia y la superpoblación
es un abismo insoportable.

El misterio inventado
ofrece la ilusión
de que el caos
tiene una causa,
una forma,
un rostro.

Así, entre los escombros de la civilización
y el hedor del plástico quemado,
el hombre de la era final se abraza
a sus cuentos de fraternidades ocultas
y dimensiones paralelas.

Murmura la contraseña inventada
antes de dormirse
sobre el suelo de la fábrica,
sintiendo que pertenece a una élite
de despiertos en medio
de una masa de sonámbulos,
mientras allá afuera,
la maquinaria del planeta
agotado sigue girando en la penumbra,
sorda a las sociedades secretas
que no existen,
ciega a los mapas de la locura,
e indiferente
a los últimos mitos de una especie
que prefirió inventar monstruos
antes que hacerse cargo
de las ruinas que construyó.

Mano Izquierda Editores